

Escarabajo estercolero

El caballo del emperador mereció herraduras de oro, una para cada pata. ¿Por qué?

Era maravillosamente hermoso, con patas finas, ojos inteligentes y una crin sedosa que caía sobre su cuello como un largo manto. Llevó a su señor entre el humo de la pólvora, bajo una lluvia de balas, oyó su silbido y zumbido y él mismo se defendió de los enemigos que avanzaban. Se defendió de ellos a vida o muerte, saltó de un brinco con su jinete sobre el caballo caído del enemigo y así salvó la corona de oro del emperador y la propia vida de este, que vale más que una corona de oro. He aquí por qué mereció herraduras de oro, una para cada pata. Y el escarabajo pelotero ya estaba allí.

—¡Primero los grandes del mundo, luego los pequeños! —dijo—. ¡Aunque, en realidad, no es cuestión de tamaño! —Y extendió sus flacas patitas.

—¿Qué quieres tú? —preguntó el herrero.

—¡Herraduras de oro! —respondió el escarabajo.

—¡Parece que has perdido el juicio! —dijo el herrero—. ¿También tú quieres herraduras de oro?

—¡Sí! —respondió el escarabajo—. ¿En qué soy peor que esa enorme bestia, a la que además hay que cuidar? ¡Limpiarla, darle de comer y de beber! ¿Acaso yo no soy de las caballerizas reales?

—Pero, ¿por qué le dan herraduras de oro al caballo? —preguntó el herrero—. ¿Lo entiendes?

—¿Que si lo entiendo? ¡Entiendo que quieren ofenderme! —dijo el escarabajo pelotero—. ¡Esto es una ofensa directa contra mí! ¡No lo toleraré, me iré adonde me lleven los ojos!

—¡Lárgate! —dijo el herrero.

—¡Grosero! —respondió el escarabajo pelotero, salió arrastrándose de la caballeriza, voló un poco y fue a parar a un hermoso jardín de flores, donde fragaban rosas y lavandas.

—¿Verdad que aquí es maravillosamente bello? —preguntó al escarabajo una mariquita de alas duras, toda cubierta de puntitos negros—. ¡Qué dulcemente huele todo aquí, qué bonito es!

—Bueno, ¡yo estoy acostumbrado a lo mejor! —respondió el escarabajo pelotero—. ¿Según vosotros, esto es espléndido? ¡Si ni siquiera hay un solo montón de estiércol!...

Y continuó su camino, bajo la sombra de un gran alhelí; por el tallo trepaba una oruga.

—¡Qué hermoso es el mundo de Dios! —dijo ella—. ¡El sol calienta! ¡Qué alegre, qué agradable! Y después de que, finalmente, duerma o muera, como suele decirse, ¡despertaré ya siendo mariposa!

—¡Sí, sí, imagínatelo! —dijo el escarabajo pelotero—. ¡Así que vamos a volar como mariposas! Yo soy de las caballerizas reales, pero incluso allí nadie, ni siquiera el caballo favorito del emperador, que ahora lleva mis herraduras de oro, se imagina nada semejante. ¿Obtener alas, echar a volar? ¡Sí, eso es, ahora mismo echaremos a volar! —Y echó a volar—. ¡No quisiera enfadarme, pero uno se enfada sin querer!

Entonces cayó pesadamente sobre un gran prado, estuvo tendido un rato, otro rato más y se quedó dormido.

¡Dios mío, qué chaparrón se desató! El escarabajo pelotero despertó con aquel estruendo y quiso darse prisa para meterse bajo tierra, pero no hubo manera. Forcejeó, forcejeó, intentó nadar boca arriba y boca abajo —ni pensar en volar—, pero todo fue inútil. No, realmente, ¡no saldría de allí con vida! Y se quedó tendido donde estaba.

La lluvia amainó un poco; el escarabajo se sacudió el agua de los ojos y vio no lejos algo blanco; era un lienzo que unas mujeres habían puesto a blanquear; el escarabajo llegó hasta él y se metió en un pliegue del lienzo mojado. Claro que aquello no era lo mismo que enterrarse en el cálido estiércol de la caballeriza, pero no había nada mejor disponible, y así permaneció tendido allí todo el día y toda la noche —la lluvia seguía cayendo—. Por la mañana el escarabajo pelotero salió; estaba terriblemente enfadado con el clima.

Sobre el lienzo había dos ranas; sus ojos brillaban de puro placer.

—¡Magnífico tiempo! —dijo una—. ¡Qué frescor! ¡Este lienzo retiene el agua de maravilla! Hasta me han empezado a picar las patas traseras: ¡dan ganas de ponerse a nadar!

—Me gustaría saber —dijo la otra— si la golondrina que vuela tan lejos ha encontrado en alguna parte un clima mejor que el nuestro. ¡Estas lluvias, esta humedad son maravillosas! ¡Es como estar sentado en una zanja húmeda! ¡Quien no se alegra con un tiempo así, no es hijo de su patria!

—¿Entonces, nunca habéis estado en las caballerizas reales? —les preguntó el escarabajo pelotero—. ¡Allí hay humedad y calor, y huele de maravilla! ¡A eso estoy acostumbrado! Allí el clima es de mi gusto, ¡pero no puedes llevártelo contigo de viaje! ¿No habrá por aquí en el jardín algún invernadero donde personas distinguidas como yo puedan encontrar refugio y sentirse como en casa?

Pero las ranas no le entendieron o no quisieron entenderle.

—¡Yo nunca pregunto dos veces! —declaró el escarabajo pelotero, repitiendo su pregunta tres veces y sin obtener respuesta alguna.

El escarabajo continuó su camino y tropezó con un tiesto roto. No debería haber estado allí, pero ya que estaba, bajo él podía encontrarse refugio. Bajo él vivían varias familias de ácaros. No necesitaban espacio —con que hubiera compañía bastaba—. Las madres ácaro se distinguen por su ternura maternal, y por eso cada pequeñín era un prodigio de inteligencia y belleza.

—¡Nuestro hijito está prometido! —dijo una mamá—. ¡Dulce inocencia! Su sueño más querido es meterse en la oreja de un sacerdote. Todavía es muy niño; el compromiso lo apartará de locuras. ¡Ay, qué alegría para una madre!

—Y nuestro hijo —dijo otra—, apenas ha nacido y ya anda con travesuras. ¡Es un vivaracho! Bueno, ¡hay que dejar que la juventud haga de las suyas! Es una gran alegría para una madre. ¿Verdad, señor escarabajo pelotero? —Reconocieron al recién llegado por su figura.

—¡Ambas tenéis razón! —dijo el escarabajo, y las madres ácaro lo invitaron a arrastrarse hacia ellas, tanto como pudiera meterse bajo el tiesto.

—¡Tenéis que ver también a mis pequeñines! —dijo una tercera, y luego una cuarta mamá—. ¡Ay, son los pequeñines más queridos y tan divertidos! Siempre se portan bien, a menos que les duela la barriga —y a esa edad eso es inevitable.

Y cada mamá hablaba de sus criaturas; los pequeños también intervenían en la conversación y hacían uso de sus pinzas en las colitas —tiraban de los bigotes del escarabajo pelotero.

—¡Qué cosas no se les ocurren a estos traviesos! —decían las mamás, sudando de ternura; pero todo aquello ya le había cansado al escarabajo pelotero, y preguntó cuánto faltaba aún para llegar al invernadero.

—¡Oh, lejos, muy lejos! Está al otro lado de la zanja! —dijeron al unísono las madres ácaro—. ¡Espero que ninguno de mis hijos se le ocurra ir tan lejos, o moriré!

—¡Bueno, pues yo intentaré llegar hasta allí! —dijo el escarabajo pelotero y se marchó sin despedirse —que es lo más fino.

Junto a la zanja encontró a sus parientes, otros escarabajos peloteros como él.

—¡Nosotros vivimos aquí! —dijeron—. ¡Estamos muy cómodos! ¡Bienvenido a nuestro jugoso rinconcito! Seguramente estás cansado del viaje.

—¡Sí! —respondió el escarabajo—. Mientras llovía, estuve tendido sobre el lienzo, y tanta limpieza agota a cualquiera, por no hablar de mí. Tuve que estar también bajo un tiesto de barro, en plena corriente de aire, ¡y hasta cogí reuma en el élitro! Por fin es bueno encontrarse entre los suyos.

—¿Quizás vienes del invernadero? —preguntó el mayor de los escarabajos peloteros.

—¡Más arriba! —dijo el escarabajo—. Soy de las caballerizas reales; allí nací con herraduras de oro en las patas. Y viajo por un encargo secreto. Pero no me hagáis preguntas, de todos modos no diré nada.

Y el escarabajo pelotero se marchó con ellos hacia el barro grasiento. Allí estaban sentadas tres jóvenes damas de su misma especie, riendo entre dientes sin saber qué decir.

—¡Todavía no están prometidas! —dijo la madre, y ellas volvieron a reír entre dientes, esta vez de vergüenza.

—¡No he visto damiselas más hermosas ni siquiera en las caballerizas reales! —dijo el escarabajo viajero.

—¡Ay, no me estropeéis a mis niñas! Y no les habléis si no tenéis intenciones serias. Aunque, por supuesto, las tendréis, y os doy mi bendición.

—¡Hurra! —gritaron los demás, y el escarabajo se convirtió en novio. Tras el compromiso siguió la boda —¿para qué aplazarlo?

El día siguiente transcurrió bien, el segundo más o menos, pero al tercero ya hubo que pensar en el sustento de la esposa, y quizás también de los hijos. «¡Vaya que

me han pillado! —se dijo—. ¡Pues yo también los pillaré a ellos!» Y así lo hizo: se marchó. Un día sin él, una noche sin él —la esposa quedó viuda—. Otros escarabajos peloteros declararon que habían acogido en la familia a un verdadero vagabundo. ¡Claro que sí! La esposa les había quedado ahora auestas.

—¡Entonces que vuelva a ser considerada una damisela! —dijo la mamá—. ¡Que viva conmigo como antes! ¡Escupamos sobre ese canalla que la abandonó!

Y él cruzó la zanja flotando sobre una hoja de col. Por la mañana aparecieron dos personas, vieron al escarabajo, lo tomaron y comenzaron a darle vueltas entre las manos. Ambos eran tremendamente sabios, especialmente el muchacho.

—«Alá ve al escarabajo negro sobre la piedra negra de la montaña negra», ¿no es así como dice el Corán? —preguntó, y, nombrando al escarabajo pelotero en latín, dijo a qué clase de insectos pertenecía. El sabio mayor aconsejó al muchacho que no se llevara el escarabajo a casa —no valía la pena, ellos

ya existían ejemplares igualmente buenos. Al escarabajo le pareció grosero tal discurso, así que simplemente se escapó de las manos de los sabios. Ahora sus alas se habían secado y podía volar bastante lejos; llegó hasta el invernadero mismo y logró colarse muy cómodamente: una ventana estaba abierta. Una vez dentro, el escarabajo se apresuró a enterrarse en estiércol fresco.

—¡Ah, qué maravilloso! —dijo.

Pronto se durmió y soñó que el caballo real había muerto, mientras que él, el señor escarabajo pelotero, recibía sus herraduras de oro, e incluso le prometieron darle dos más. ¡Qué agradable fue aquello! Al despertar, el escarabajo salió y miró a su alrededor. ¡Qué lujo! Enormes palmeras desplegaban en lo alto sus hojas como abanicos, a través de las cuales se filtraba el sol; abajo, por todas partes, verdeaba la hierba y bullían flores de color rojo ardiente, amarillo ámbar y blancas como la nieve recién caída.

—¡Vaya vegetación incomparable! ¡Qué delicioso será todo esto cuando se pudra! —dijo el escarabajo pelotero—. ¡Un almacén excelente! Seguramente vive aquí alguno de mis parientes. Debo salir en busca de alguien con quien pueda hacer amistad. ¡Pues soy orgulloso y me enorgullezco de ello! Y el escarabajo se arrastró, pensando en su sueño, en el caballo muerto y en las herraduras de oro.

De repente, una mano lo agarró, lo apretó, comenzó a girarlo y voltearlo...

Al invernadero había llegado el hijo del jardinero junto con un compañero; vieron al escarabajo pelotero y decidieron divertirse con él. Envolvieron al escarabajo en una hoja de vid y lo metieron en el cálido bolsillo de unos pantalones. Él intentó

revolverse y trepar, pero el muchacho lo aplastó con la mano y corrió junto con su compañero hasta el extremo del jardín, hacia un gran lago. Allí colocaron al escarabajo dentro de un viejo zapato de madera roto, clavaron en el centro una astilla a modo de mástil, ataron al escarabajo a ella con un hilo de lana y lanzaron el zapato al agua. Ahora el escarabajo se había convertido en capitán y debía emprender un viaje marítimo.

El lago era enorme, grandísimo; al escarabajo pelotero le parecía que navegaba por el océano, y esto lo impresionó tanto que cayó boca arriba y agitaba las patitas.

La corriente alejaba el zapato de la orilla, pero apenas se distanciaba un poco, uno de los muchachos se arremangaba los pantalones, chapoteaba en el agua y lo hacía regresar. Pero el zapato volvió a alejarse, y justo en ese momento llamaron con tanta insistencia a los muchachos para que volviesen a casa, que en su prisa olvidaron completamente el zapato. El zapato, sin embargo, era arrastrado cada vez más lejos. ¡Qué horror! El escarabajo no podía volar: estaba atado al mástil.

Una mosca vino a visitarlo.

—¡Qué tiempo tan hermoso! —dijo ella—. ¡Aquí puedes descansar, calentarte al sol! ¡Estás muy bien aquí!

—¡Hablas sin saber lo que dices! ¿No ves acaso que estoy atado?

—¡Yo no lo estoy! —dijo la mosca, y se marchó volando.

—¡Ahora sí que he conocido el mundo! —dijo el escarabajo pelotero—. ¡Qué bajo es! ¡Solo yo soy decente! Primero me niegan las herraduras de oro, luego tengo que yacer sobre lienzo húmedo, quedar expuesto a corrientes de aire y, finalmente, ¡me imponen una esposa! Apenas doy un paso audaz hacia el mundo, miro a mi alrededor y observo, aparece un muchacho y me lanza, atado, al mar salvaje. ¡Mientras tanto, el caballo real luce orgullosamente sus herraduras de oro! ¡Esto es lo que más me atormenta! Pero en este mundo no hay que esperar justicia. Mi historia es muy interesante, ¿pero de qué sirve si nadie la conoce? Además, el mundo no merece conocerla; de otro modo, me habría dado las herraduras de oro cuando el caballo real estiró las patas. Si hubiera recibido las herraduras de oro, habría sido el ornamento de la cuadra; ahora, en cambio, estoy perdido para ellos, el mundo me ha perdido y ¡todo ha terminado!

Pero al parecer aún no había llegado el fin de todo: en el lago apareció una barca, y en ella iban varias jóvenes.

—¡Allá flota un zapato de madera! —dijo una.

—¡Y un pobre insecto está fuertemente atado! —dijo otra.

Se acercaron al zapato, lo atraparon, una de las jóvenes sacó unas tijeras y cortó cuidadosamente el hilo de lana, sin causar al escarabajo el menor daño. Al llegar a la orilla, lo depositó sobre la hierba.

—¡Arrástrate, arrástrate; vuela, vuela, si puedes! —le dijo—. ¡La libertad es algo maravilloso!

Y el escarabajo pelotero voló directamente hacia una ventana abierta de algún edificio grande, donde, cansado, se posó sobre la fina, suave y larga crin del caballo favorito del zar, que se encontraba en la cuadra, la propia cuadra natal del escarabajo. El escarabajo se aferró firmemente a la crin del caballo, tratando de recuperar el aliento y reponerse del cansancio.

—¡Bien, aquí estoy sentado sobre el caballo favorito del zar, como un jinete! ¿Qué estoy diciendo? ¡Ahora todo me queda claro! ¡Esta sí que es una idea! ¡Y acertada! «¿Por qué el caballo mereció las herraduras de oro?» —me preguntó entonces el herrero. ¡Ahora lo comprendo! Las mereció por mí.

Y el escarabajo volvió a animarse.

—¡Los viajes aclaran las ideas! —dijo. El sol brillaba directamente sobre él y brillaba tan hermosamente—. ¡En realidad, el mundo no es tan malo! —continuó razonando el escarabajo pelotero—. ¡Solo hay que saber cómo tomarlo!

¿Y cómo no iba a ser bueno el mundo, si el caballo favorito del emperador había merecido las herraduras de oro únicamente porque sobre él cabalgaba un escarabajo pelotero?

—Ahora iré gateando hacia otros escarabajos y les contaré lo que han hecho por mí. Les hablaré también de todas las delicias de mi viaje al extranjero y diré que de ahora en adelante me quedaré en casa hasta que el caballo desgaste sus herraduras de oro.